

A. EINSTEIN: "De mis últimos años".
Editorial Aguilar. 1951, 232 páginas.

Se recogen en este libro alocuciones y escritos breves de los últimos años de Albert Einstein. Concretamente, los comprendidos entre 1934 y 1950. Las cuestiones que se tratan son las más diversas, pero dentro de esa falta de unidad externa vibra una sola preocupación: la Humanidad; y un solo anhelo: la hermandad de todos. De aquí que cuando llega a la última página de esta recopilación uno se pregunta con asombro cómo pudo ser tachado este hombre de filocomunista. ¿Cuándo nos convenceremos de que sólo el mediocre puede ser encasillado, puede ser rígidamente definido? Ha habido, es cierto, hombres singulares, cuyas opiniones o creencias se prestaban, no obstante, a la esquematización geométrica; pero esto es sumamente infrecuente y representa siempre un factor negativo, que fácilmente revierte en perjuicio de una rigurosidad y sinceridad científica.

Causa perplejidad esa velada acusación de que fué objeto. El, que tuvo por patria el mundo; que predicaba la hermandad de todos y la libertad de cada uno; que anatematizó reiteradamente la posposición del Derecho ante la fuerza, no pudo ser en ningún momento simpatizante del totalitarismo, tuviera éste la denominación que tuviera. En el escrito "¿Ha sido Europa un éxito?", hace la siguiente declaración: "Un fino y sagaz sabio ruso me defendía muy habilidosamente este punto de vista (la justificación del sacrificio transitorio de la libertad individual, cuando ésta se supedita a una mejor organización económica), comparando el triunfo de la coacción y del terror en el comunismo ruso —al menos al principio— con el fracaso de la social-democracia alemana después de la guerra. No me convenció. Ningún propósito es tan alto que pueda justificar a mis ojos métodos indignos de lograrlo. Puede que en alguna ocasión la violencia haya eliminado obstáculos con rapidez, pero nunca ha sido creadora".

La máxima preocupación de Einstein fué la Humanidad. Sobre todo a partir del descubrimiento de la bomba atómi-

ca. De ahí que quisiera superar las diferencias internacionales con la constitución de un gobierno mundial que garantizase la paz. La intención del sabio profesor no podía ser más generosa, aunque haya que estimarla un tanto utópico, por el estado en que aun se encuentra la Humanidad. El hombre no ha evolucionado lo suficiente. Sigue teniendo mentalidad provinciana. No obstante es esperanzador el esfuerzo que se está realizando con vistas a la constitución de estructuras supernacionales de orden continental, estadio este fundamental y decisivo como paso preliminar para la ambiciosa meta que él propugnaba.

A pesar de su nacionalidad norteamericana, como consecuencia de los avatares políticos europeos, su mirada no se apartaba de nuestro continente. Tenía fe en Europa y a Europa se sentía radicalmente vinculado. "En verdad —escribe—, el ideal humanitario de Europa parece estar indisolublemente unido a la libre expresión de la opinión y hasta cierto punto a la libre determinación del individuo, así como al esfuerzo por la objetividad en el pensamiento —sin tener en cuenta la mera utilidad— y al fomento de las diferencias en el campo del espíritu y del gusto. Estas aspiraciones e ideales comprenden la naturaleza del espíritu europeo. La importancia de estos valores y excelencias no se puede establecer razonablemente, ya que existen cuestiones de carácter fundamental de aproximación a la vida y asimismo puntos de partida, que sólo pueden ser afirmados o negados por la emoción. Únicamente sé que yo los afirmo con toda mi alma y que me sería intolerable pertenecer a una sociedad que los negase".

Einstein estaba seguro de que los valores intelectuales y artísticos —hoy un tanto agobiados por la técnica y el ahorrjamiento de las mentes, resurgirán por medio de aquellos que "se entreguen a los ideales específicamente europeos", haciendo "cuanto puedan por lograr tales objetivos".

Las metas esenciales que él anunciaba poder alcanzar a través del gobierno mundial no eran otras que la concordia y la libertad. En "Guerra atómica o paz", dice explícitamente que al cita-

do gobierno "competirían todos los asuntos militares y no habría necesidad de ningún otro poder militar. Lo que supondría la intervención en aquellos países —conocidos de todos— en que una minoría oprime a la mayoría, motivo de esa especie de inestabilidad que conduce a las guerras. Conocerían situaciones como las que prevalecen en Argentina y en otros países. Hay que poner fin al concepto de no intervención, pues acabar con él forma parte del mantenimiento de la paz".

Con motivo de una asamblea por la libertad de opinión insistió en su censura del comunismo, porque "es cierto que en la Unión Soviética manda la minoría". "Una vez más —dice en "Ciencia y Civilización"— los estadistas soportan tremendas responsabilidades, exactamente lo mismo que hace veinte años".

Atacó, en cuantas ocasiones tuvo, a los regímenes totalitarios, porque veía en la raíz de su general planificación la privación de bienes espirituales insustituibles para una mayor felicidad. El desarrollo de las facultades intelectuales —tan ligadas en su ejercicio a la libre opinión— y el fomento de la actividad artística —para la que es fundamental un clima de amplitud pensante—, son condiciones precisas para que los hombres "se sientan contentos", aun cuando tengan ya, en el mejor de los casos, la "satisfacción de las necesidades físicas".

No va a ser fácil, en algunos pueblos, alcanzar tales ideales en un tiempo inmediato. Pesa sobre ellos una intolerancia estéril, que ha creado un clima equívoco —cuidadosamente mantenido—, sumamente difícil de superar. La inercia mental —secuela legítima de un pensar prefabricado— es aún más tenaz que la inercia física. Se precisa remover hasta lo íntimo las estructuras anímicas, abrir los espíritus para que se aireen las almas enmohecidas, aunque de antemano estemos seguros de ser calificados, paradójicamente, de totalitarios. Ahí está, si no, el ejemplo de Albert Einstein, primer ciudadano de un mundo que clama por la libertad.

GERMAN DE ARGUMOSA

J. MAILLET: "*Histoire des Institutions et des Faits Sociaux*". Librairie Dalloz. París. 1956. 649 páginas.

Con harta frecuencia se denuncia la falta de calidad de los textos de enseñanza universitaria. La mayor parte de ellos, se dice, sin duda aludiendo a las obras que manejan los escolares en nuestras Facultades de Derecho, poseen una extensión desmesurada; por otro lado, se insiste sobre la ausencia de claridad y sencillez de ellos. El verdadero espíritu pedagógico, en definitiva, que debía informar los textos de enseñanza, no existe. La pulcritud técnica jurídica se ha convertido en un obtuso galimatías, y la desproporción de las materias estudiadas por nuestros autores resulta a todas luces inabordable por los jóvenes lectores.

Es cierto que una gran parte de la bibliografía utilizada frecuentemente en las Facultades de Derecho como obras de texto, son libros redactados expreso para preparar los temarios generales de oposiciones o monografías documentadísimas, es cierto, pero propias para especialistas postgraduados. Sin embargo, esta advertencia más que justificar o disculpar las censuras apuntadas a los libros de texto universitarios, acentúa la ineficacia de todo un sistema docente montado sobre la improvisación e interinidad. Una gran parte de los fracasos que pueden apuntarse a las Facultades de Derecho españolas se deben, sin duda, a los pésimos libros de texto que circulan entre los universitarios. Es claro que se cita aquí una de las causas, porque el número de circunstancias que provocan aquella situación lamentable son cuantiosas.

Por algún momento, estos vicios también anegaban a las Facultades de Derecho de Francia. Un remedio magnífico contra ese fenómeno vicioso (al que podemos llamar narcisismo docente de los autores), que merece desde luego todo elogio y aplauso, es el realizado por la Librería Dalloz, de París, la cual parece tener como slogan de su colosal empresa "Petits Précis Dalloz": "contra los engendros obtusos, claridad rotunda; y contra las obras de extensión descomunal, límites precisos y prudentes". Siguiendo este lema la Libre-